

¡AMOR MIO! ¡AMOR MIO!...

Por William SAROYAN

Dibujos de Juan SORIANO

Lo ÚNICO que sabía hacer bien era tocar el piano y cantar. No sabía una palabra de cocina, ni de materia semejante, y, aunque un pastel fuera lo que más le gustaba en la vida, de ningún modo habría querido meterse a fabricarlos. Ella misma se parecía un tanto a los pastelillos que continuamente devoraba: rellena y rolliza, color de rosa —como un bebé, aunque ya se acercara a los cuarenta—. Presumía de haber sido actriz. “Yo he actuado durante tres largas temporadas”, había dicho a la madre del muchacho, la cual quería bien a su vecina, aunque tuviera cosas que no alcanzara a comprender como: “¿por qué, siendo casada, no tiene hijos?, ¿por qué se pasa todo el santo día cortando vestidos, probándose los, componiéndose?”

“Me pregunto” —decía la madre del muchacho a la hermana mayor, mientras preparaba algún platillo o vigilaban el horno— “por qué”; y añadía en el inglés mal tajado que le gustaba usar cuando se refería a ella: “Me pregunto por qué tiene que aparentar que es tan feliz...” Pero en seguida se respondía a sí misma en italiano: “¡Qué bien toca el piano! ¡Vale la pena tenerla de vecina!”

Ellos acababan de dejar el barrio italiano para venirse al americano. La vecina era americana, y la madre del muchacho pensaba que todas las mujeres del país debían ser como ella: delicadas, dulces y cremosas, carnuditas, color de rosa...

Aquella vecina venía a verlos muy a menudo, “porque —decía— influye mucho en mi modo de ser la cercanía de las buenas gentes”.

—Usted sabe, señora Amendola —le decía— es un gran placer tener una vecina como usted. Es maravilloso ver cómo educa a sus muchachos, usted sola, sin marido; a todos esos hermosos chiquillos y chiquillas que crecen.

—Mis chiquillos son buenos chiquillos —contestaba la madre del muchacho—, yo los crie, yo los cuidé: que dolores de cabeza, que de muelas, que no quieren ir a la escuela... Me ocupo de todo —y la señora Amendola se ponía a reír como si rugiese. Luego, mirando a la vecina, añadía—. Son mis niños, la fastidian a una, se trajina, se grita, pero, al menos, se ama. ¿Usted no ha tenido niños?

—No —contestaba la vecina—. En esas ocasiones el muchacho se sentía molesto; su madre era ruda y entrometida. Era, cuando menos, la tercera vez que preguntaba a la vecina si no había tenido hijos. Sabía que, en el fondo, le habría gustado preguntar: —¿Cómo le hizo para no tenerlos? Una mujer tan hermosa como usted, que no le hace falta nada para hacerlos...

La vecina se había acostumbrado a venir de visita con frecuencia, sobre todo cuando su marido andaba de viaje. Recorría todo el territorio, desde Bakersfield hasta Sacramento; vendía pequeños artículos de metal y chucherías. Alguna vez su mujer había ido con él en el recorrido; desde entonces prefirió quedarse en casa

porque el viaje era muy molesto. Y, como no iba, se quedaba sola y se ponía triste: entonces pensaba en ver a la familia italiana.

Una tarde se presentó llorando. La madre del muchacho la recibió en los brazos, como si hubiera sido una de sus chiquillas, y la consoló.

Pero el muchacho notó cierta cosa artificiosa que lo dejó perplejo; ella no estaba llorando *de o de veras*. Sus lágrimas no tenían sinceridad, como esas que derrama uno diciendo “Dios sabe cuánto sufro”, producto de una pena real, o cuando se siente angustia...: se hubiera podido decir que a ella se le había antojado, de repente, soltarse a llorar, y no se había privado de hacerlo; un antojo como el de comprar una docena de hojaldres de crema y comérselos. Al menos esa fue su impresión.

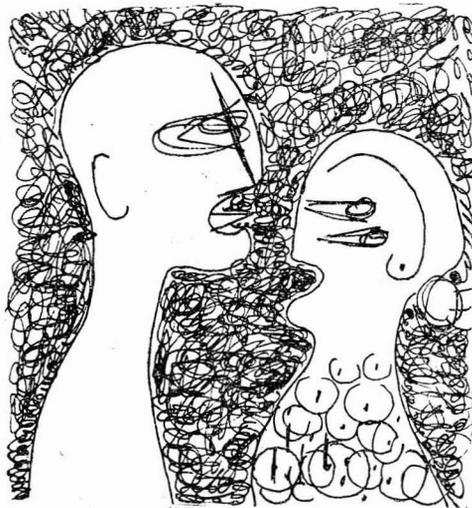
—¡Señora Amendola! —decía—. Estaba sentada yo sola en mi casa, y de pronto me he puesto a pensar en todos esos años pasados... y me ha dado miedo. Me puse a llorar. Tengo el corazón hecho una sopa... Dijo, y después sonrió de un modo que al muchacho le pareció *formidablemente* bello y *formidablemente* extraño. Derramó ella su mirada, la detuvo sobre la hermana del muchacho, sin dejar de sonreír, y, luego, la fijó en él y lo desconcertó. Fue una mirada larga. No una mirada común y corriente. Ella era extraordinariamente hermosa, de cuerpo espléndido, dueña de un montón de cosas... Por eso se turbó. Sus brazos eran tan redonditos...

Los hermanos más chicos se habían acostado ya; sólo estaban allí, con la vecina, la madre, la hermana y él. La madre dijo:

—No se atormente así, ya le pasará. Siéntese con nosotros a platicar; después se sentirá mejor. ¿Qué es lo que le pasa?

—Me siento tan triste —explicó— cuando veo los años pasados; cuando me veo niña, luego muchacha, en el colegio; después cuando logré llegar al escenario... Me siento tan sola...

—Pero eso no es nada —le dijo la señora Amendola—. ¿Quiere un vaso de vino?



No esperó respuesta. Sacó la botella y llenó dos vasos, uno para ella misma y otro para la vecina.

—Beba un poco de vino, eso le hará bien.

La vecina lo probó.

—¡Ah! Es tan bueno —dijo al cabo—. Tiene una familia maravillosa, señora Amendola.

Aquel día la vecina añadió:

—¿No quieren venir a conocer mi casa? Me gustaría que la vieran.

—Claro —contestó la madre del muchacho. Tenía curiosidad de ver cómo la tenía arreglada. Pasaron, pues, a la casa contigua. La vecina le enseñó los cuartos, todos, uno por uno. La casa era igual exactamente a su dueña: blandita, delicada, rosa... Todos los cuartos idénticos, excepto el del marido, que tenía uno para él solo, con cama y todo lo demás. Algo había de sospechoso en eso, pensaba el muchacho. Los americanos eran diferentes a los italianos, ya lo sabía; pero que el marido durmiera en un lecho y ella en otro, no era normal. La recámara de ella no se parecía a los lugares que uno conoce en este mundo; se asemejaba tanto a la mujer que una especie de pudor impidió al muchacho entrar en ella. Se quedó en el umbral, mientras su hermana y su madre lo admiraban todo; pero la vecina se dio cuenta de eso y lo cogió de la mano. Se turbó; hubiera querido estar con ella así siempre, los dos solos, en otro mundo. Ella reía levemente y decía: —Quiero que *tú también* conozcas mi cuarto, Tommy. ¡Eres un muchacho tan inteligente y tan fino...!

No estuvo muy seguro, quizá fuera efecto de su imaginación, pero le pareció que, al decir aquello, la mujer le había apretado la mano con más fuerza. Tuvo miedo y experimentó la sensación de náusea. No conocía muy bien todavía a los americanos, y temió confundir las cosas. Quizá fuera cierto que ella le había apretado la mano, pero quizá lo había hecho como cualquier persona mayor lo hace, o como un pariente. Eso, o porque era su vecina, y no por otra cosa. Retiró la mano en cuanto pudo. No dijo nada de la recámara porque sabía que todo lo que dijera parecería ridículo. Era un lugar adonde le hubiera gustado entrar para quedarse allí siempre, con ella. Pero decirlo era insensato. Estaba casada. Era tan grande como para ser su mamá, aunque fuera más joven que la señora Amendola: eso era lo que hubiera querido decir, que fuera su madre.

En aquella visita a la casa, ella preparó chocolate y les dio una taza. Las tazas eran muy finas y muy bonitas. Trajo también un plato lleno de pastelillos de todos sabores. Los hizo comer mucho, pues por cada pastel que ella comía los hacía comerse otro; así, a cada uno le tocaron cuatro. Por último no quedaron sino dos. Entonces se rio; dijo que nunca tenía pasteles suficientes y que, como Tommy era el único hombre del grupo, y —en vista de las circunstancias— ella iba a comerse uno de los dos, él debía comerse el otro. Dijo todo esto de un modo que lo turbó aún más que antes. Se sintió confundido y terriblemente triste. Aquella sensación nueva parecía pertenecer a un mundo irreal. Era como si hubiese experimentado el deseo de abandonar el mundo para nunca volver, entrar a un extraño reino de calor, belleza, como-

didad, y... de algo más cuya existencia se le revelaba en la voz de ella, en su manera de reír, en su intención, en la apariencia de la casa, y, sobre todo, en sus miradas. Se preguntó si la madre y la hermana lo habrían notado. Esperó que no.

Después del chocolate, su madre pidió a la vecina que tocara el piano y les cantara alguna cosa; no se hizo del rogar. Cantó tres canciones: una dedicada a su madre, otra a la hermana, y después dijo: —Esta es para Tommy —entonces cantó "Tiempos de mayo", una canción en que, con voz alegre y estentórea, se repite una y otra vez: "Amor mío, amor mío..." Se sintió halagado, envanecido. Esperó de nuevo que su madre y la hermana no hubieran comprendido la alusión. Supuso mal, porque lo primero que dijo la señora Amendola al volver a la casa fue:

—Tommy, creo que has hecho una conquista — y rompió a reír con sus rugidos.

—Ella está loca por ti, Tommy — le dijo la hermana.

Esta tenía tres años más que él, es decir, 17 años, y tenía ya un novio, aunque no supiera si se casarían algún día.

—¡Oh! Es muy amable; nada más —respondió—. Es su manera de ser con todos nosotros.

—No, no —replicó la hermana— ha sido *más amable* contigo que con nosotros. Se está enamorando de ti, Tommy. Y tú... a lo mejor también te estás enamorando, ¿verdad?

—¡Déjame en paz! — gritó el muchacho.

—Te lo dije, mamá —dijo la hermana— ¿ves cómo también está enamorado él?

—Mamá, dile que se calle — dijo.

—Deja a mi niño tranquilo, ¿entendes? — dijo la señora Amendola, y rompió a reír de nuevo. Como broma podía pasar. La madre y la hermana reían más y más; luego él también terminó riéndose. De pronto, le pareció que la risa era muy fuerte.

—Más quedo —dijo— si nos oyera creería que nos burlamos de ella.

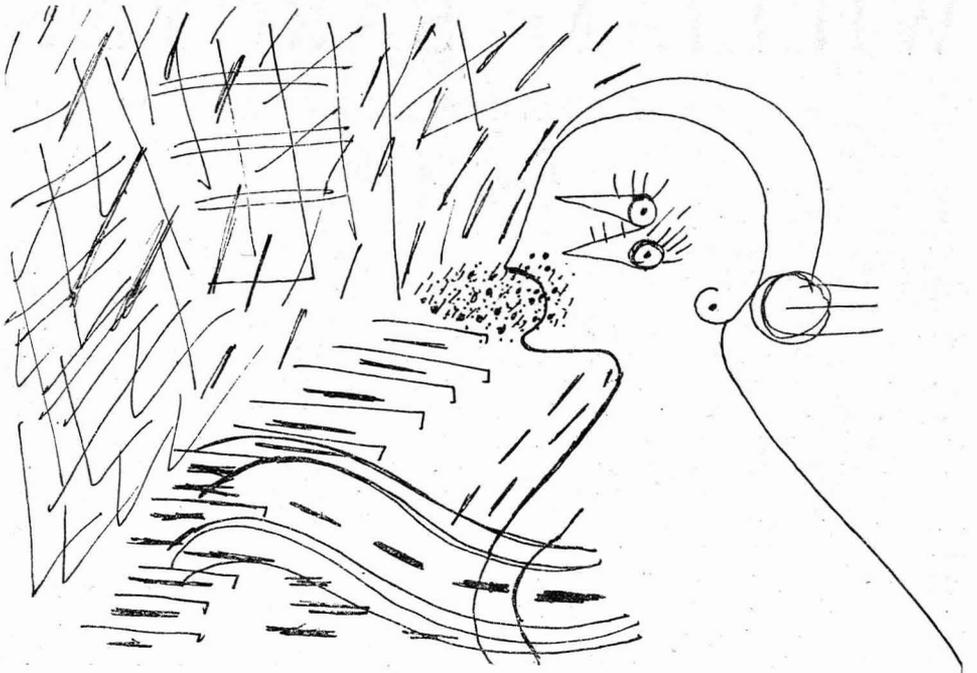
—Mamá, está enamorado — repitió la hermana.

La madre alzó los hombros. Temió él que fuera a lanzar alguna de sus observaciones sarcásticas, y sólo deseó que no fuera demasiado cruel.

—Es una mujer *muy amable* — dijo solamente, y la hermana volvió a reír.

Se decidió a no pensar más en ella. Sabía que si lo seguía haciendo, su madre y la hermana lo adivinarían y se burlarían de él. Y no era cosa de burla. Era algo tan hermoso, probablemente lo mejor que le aconteciera. No quería que se mofaran de eso. No habría sabido explicar por qué, pero era necesario que no se divirtieran a su costa.

En la mañana, el piano lo despertó. Experimentó la misma sensación que la víspera cuando ella le tomó la mano, solamente que ahora más aguda. No tenía la menor gana de levantarse a trabajar. Quería estar con ella, en una recámara como la que vio el día anterior, alejados los dos del mundo, de todos, para siempre. Ella cantaba la misma canción, los cuatro *couplets* enteros de: "Amor mío, amor mío, amor mío..."



Pero la madre lo obligó a levantarse.

—¿Qué tienes? —preguntó—. Vas a llegar tarde a tu trabajo. ¿Estás enfermo?

—No. ¿Qué hora es?

Saltó fuera del lecho, se vistió, desayunó, montó en la bicicleta y se fue a toda velocidad a la tienda de ultramarinos donde trabajaba. Llegó con dos minutos de retraso.

El idilio duró un mes, todo el de agosto. El marido apareció el día 15, salió dos veces al patio y se volvió a ir.

No sabía el muchacho en qué pensar. Ella seguía viniendo dos o tres veces por semana. Salía con frecuencia al patio. Invitó a la familia algunas veces más, les ofreció siempre chocolate y pastelillos. Y casi todas las mañanas él despertaba al oír: "Amor mío, amor mío..."

Cuando se acordaban del asunto, la hermana y la madre se reían de él.

Una tarde, en septiembre, al volver a casa, las encontró hablando de la vecina.

—Es una desgracia —decía su madre. Y a él—. Toma, aquí está tu sopa. Realmente no tienes suerte.

—Compartimos tu pena — añadió la hermana.

—¿De qué hablan? — dijo.

—De nada. Ahora ya es demasiado tarde — siguió la hermana.

—¿Demasiado tarde para qué? — preguntó.

—Perdiste demasiado tiempo, ahora ya no puedes esperar nada...

—¡Ah! ¡Ya es bastante! ¿Qué demonios está pasando?

—Que ya tiene otro enamorado — dijo la hermana.

Se quedó aturdido, sintió de nuevo que el asco y la náusea le subían; pero hizo un esfuerzo por seguir comiendo y no delatarse.

—¿Quién? — dijo.

—Hermanito, ya sabes bien *quién*.

No sufría. Estaba encolerizado. No contra su hermana o su madre, sino contra *ella*. Era una estúpida. Trató de bromear.

—Hace buen tiempo — dijo.

—Viene a buscarla en coche —informó la hermana— en un Cadillac.

—Y... ¿el marido? — preguntó, y se sintió perdido.

—No sabe nada, *por supuesto* —dijo la madre—. Quizá para él sea lo mismo. A lo mejor hasta se murió... Y estalló en carcajadas; y la hermana también; y luego él las acompañó. Gracias a Dios los italianos se ríen. Esto lo alivió un poco. En seguida, después de la sopa, el extraño mal volvió y ya no lo dejó en paz. Era una estúpida, idiota mujer.

Durante toda la semana, por las tardes, la madre y la hermana le contaron que el hombre venía en su Cadillac por ella, después del medio día.

—No tiene familia —decía su madre—. Está sola.

¿Tenía razón? ¿De qué sirve la belleza y la felicidad si a nadie aprovechan?

—Es un hombre muy bueno — dijo su hermana.

—En cuanto al marido —añadió la madre— debe haberse muerto.

Se habló de la vecina y del Cadillac mucho tiempo. Luego, un día, ella vino de visita.

Parecía más contenta que nunca; aquella tristeza pasajera y postiza había desaparecido sin dejar rastro.

El temió que su madre le hiciera preguntas a ella acerca del hombre; por eso hizo todo lo que pudo por impedirlo. Mantuvo la mirada fija en la madre para hacerla comprender que no fuera a entrometerse. Había cosas que se podían permitir en el otro barrio, más allá del paso a nivel, pero no aquí, en el americano. Si la vecina le quería hablar de eso, allá ella... Pero no dijo esta boca es mía. El muchacho esperó cinco minutos más y comprendió que no iba a decir ya nada.

Entonces tomó su gorra:

—Voy a la biblioteca, mamá.

—Muy bien — le respondió la madre.

A ella no le dijo nada, ni buenas tardes, ni siquiera le dirigió una mirada. Y *ella supo por qué*.

Después de ese encuentro, nunca volvió a oírse el piano en las mañanas, y cuando se la oyó cantar a otra hora nunca nadie pudo reconocer aquella canción: "Amor mío, amor mío..." que a él le había dedicado.

(Traducción de Huberto Batis)